

LA INDIA DOS ESCUELAS PARA LA POSTERIDAD

*Alberto Gómez Farías**

La historia del ser humano constituye una sucesión indefinida de hechos y circunstancias en que se manifiestan las grandezas y las debilidades de quienes fueron sus protagonistas.

Indudablemente a quienes recordamos como dignos de emulación, son aquellos que dejaron ejemplos de integridad al servicio de su pueblo y de los fundamentos que deben priorizarse, como normas insoslayables que creen el sentimiento de emulación.

Estas consideraciones serán válidas, en la medida en que nos sitúemos en el tiempo y lugar apropiados,

en relación con las pruebas irrefutables ofrecidas por las fuentes históricas.

Las distintas escuelas que integraron el proceso cultural de la India, siempre dejaron aunque más no sea un hito que demarcará su impronta en el proceso formativo de su personalidad. Unas con el acento puesto en el hombre, individual; otras con énfasis en todo lo que implique vida,

* Universidad Nacional de La Matanza.

movimiento, cubriendo la de los animales inferiores. Pero todas, sustentadas en la sensibilidad natural del ser humano expresada en la coherencia de principios.

La sublime herencia aportada al mundo por Asoka y Gandhi, dentro de sus características peculiares y aun diferenciales, constituyen uno de los más poderosos recursos con que todavía cuenta el mundo contemporáneo para reencontrarse en las prioridades que reconocen o deberían reconocerse, como condiciones que distinguen al ser racional.

El rey Asoka o, más precisamente, Asokavardhana, gobernó el imperio Maurya durante treinta y siete años en la tercera centuria a.C. Su territorio se extendía por sobre toda la India, excepto la zona meridional, aunque extendiendo su influencia hacia Sri Lanka y al oeste, hasta los territorios de los estados griegos. Durante los primeros ocho años de su reinado era conocido, según las crónicas existentes, como la continuidad del sistema autoritario de su padre Bindusara o Bhadrasara, a quien los griegos llamaron Amitrochates, en sánscrito Amitraghata, que significa "exterminador de enemigos". En los mismos relatos se adjudican a Asoka tremendas crueldades, precedidas de una vida de placer sin límites, al grado de ganarse el nombre de Kamasoka.

El cambio decisivo en su carácter, al noveno año de su coronación, fue debido a la toma de conciencia de los crueles acontecimientos que protagonizó en el sometimiento del reino de Kalinga, hoy Orisa, donde cien mil

personas fueron muertas, ciento cincuenta mil deportadas y miles de heridos.

El conocimiento de las particularidades de la transformación operada en su espíritu, se debió al descubrimiento rupestre y de columnas conteniendo los edictos que promulgó, todo lo que aconteció diríamos recientemente, en el siglo XIX. Fue una circunstancia feliz que ha permitido obtener de Asoka una imagen más clara que la de todos los reyes indios anteriores y de la mayoría de los posteriores, hasta la época musulmana. Asoka figura hoy, en Occidente y en la propia India, entre los personajes más importantes de la historia del país.

A partir de las referidas circunstancias, su arrepentimiento lo llevó a convertirse en devoto budista, dando muestras innumerables de un espíritu profundamente caritativo, aunque algunos historiadores occidentales son reacios a aceptarlo. Quedó muy impresionado con el dharma, abrazando el dharma, difundiendo el dharma e interpretándolo como el recto comportamiento moral, aunque no en el sentido ortodoxo budista. El llamado edicto de Kalinga, es uno de los más impresionantes y humanos de la historia universal, lo que podría traducirse como un momento estelar en la reivindicación del hombre con su especie. En la tierra de Kalinga se encuentran dos de los edictos dirigidos específicamente a sus funcionarios, que en contenido dan un transparente testimonio de su ética política.

El primero dice: "Todos los hom-

bres son para mí como hijos. Igual que deseo para mis hijos que participen de toda la gloria y fortuna de este mundo y del más allá, lo deseo para todos los hombres...”, manifestando su fe en el triunfo de la persuasión pacífica y de la ley moral, llamando además al pueblo a la dulzura y a la comprensión, a la generosidad y benevolencia, a la obediencia y el respeto. En el otro edicto destinado a sus funcionarios, Asoka los exhorta a superar la envidia, la ira, la crueldad, la precipitación, la falta de celo, la pereza, la blandura. La compasión se extiende a todos los seres vivientes.

En otros edictos manifiesta su gran piedad, como la prohibición de quitar la vida y sacrificar animales; el establecimiento de dos tipos de hospitales, uno para los humanos y otro para los animales, cultivo de hierbas, plantación de árboles a lo largo de las carreteras, excavación de pozos de agua; exhortación para la tolerancia mutua entre todas las sectas religiosas; declaración de que la preservación de los principios esenciales de cada secta es la forma más alta de caridad y reverencia; nombramiento de funcionarios del Dharma, del ministerio encargado de solucionar los problemas de las mujeres, designación del director del santuario de los animales, etcétera.

Hasta la segunda década de nuestro siglo prevalecía sobre el ánimo de los historiadores la influencia de las antiguas crónicas que llegaban hasta el relato de la toma de Kalinga. Paulatinamente, el peso de los registros fidedignos que surgían a torren-

tes, por obra de los descubrimientos, fue modificando en profundidad el escenario, que en la transcripción de los hechos restituía a su verdadero nivel la personalidad del rey Asoka.

Establecer la verdad, no es solamente reconocer la documentación de hechos pertenecientes al pasado; constituye una base sólida para determinar una proyección coherente hacia el futuro, de manera de establecer recaudos creíbles que lo garanticen. Para muchos investigadores de las civilizaciones antiguas, consagrados en el reconocimiento pleno de sus colegas por la profundización de los diferentes acontecimientos que marcaron etapas brillantes del proceso formativo de la humanidad, Asoka es merecedor del máximo respeto entre los gobernantes más ilustres; aquellos que dieron fe de sensibilidad, reconociendo y enmendando los graves errores cometidos. El famoso y severo Herbert George Wells, afirma que “sin duda, fue uno de los más grandes del mundo”.

La historia de Asoka nos ofrece una expresiva enseñanza. Así como su proceso formativo lo llevara a cometer con naturalidad actos de extrema arbitrariedad e injusticia, los efectos de este mismo proceder mediante el arrepentimiento, puede marcar el camino del reencuentro con los valores inmanentes del amor y la piedad, de lo que surge que no podemos sentirnos íntimamente reflejados en los actos despóticos, sino que todo ser humano tiene la ocasión de descubrir en sus propios errores la capacidad de enmendarlos.

Colocándonos pretenciosamente

en el cambio operado en el espíritu del rey Asoka, imaginamos que bien pudo haber sido su reflexión: "Ya todos saben que lo bello es bello y por tanto conocen lo feo; ya todos saben que el bien es bien y por lo tanto conocen el mal". Este imaginario punto de inflexión pudo o no constituir el momento de giro en la definición de su actitud, pero lo cierto es que una vez más en la historia del ser humano, como sucedió con Saulo de Tarso en su conversión camino a Damasco, una circunstancia determinada contiene la fuerza necesaria para producir tan profunda y memorable transformación. Así, Asoka constituyó una escuela para la posteridad.

Veintidós siglos después, surge en la India la brillante personalidad de Mohandas Karamchand Gandhi, que sin haber cometido en su vida desarreglos de conducta que merecieran ningún tipo de arrepentimiento, transmite una filosofía de no violencia que trasciende vibrantemente las fronteras de su país, para instalarse en la conciencia del mundo como fuerza potenciadora del encuentro de la humanidad. A diferencia del ambiente en que actuó Asoka en la primera etapa de su reinado, Gandhi no conoció en lo íntimo de su conciencia las perturbaciones propias de la ambición de poder, el rencor, la violencia ni, aun, de la trivialidad. Podría decirse sin disminuir la trascendencia de su transformación, que mientras Asoka pasó del goce de todos los placeres mundanos al deleite de su encuentro con los valores de la espiritualidad, Gandhi edificó, ladrillo a ladrillo, la fortale-

za inexpugnable de su temple en la grandeza pacífica, mediante el testimonio de una gloriosa existencia sustentada en la humildad y el amor.

Cuando frente a la complejidad del drama diario que vive el hombre de nuestro tiempo, en una ciclópica lucha por desprenderse de las ataduras que le aferran a la mezquindad del apetito material, a las ansias de poder, a la indiferencia e insensibilidad con que participa en la degradación de la vida de sus semejantes, en la destrucción de los bienes con que generosamente la naturaleza aporta a la subsistencia de la especie; cuando exhaustos ante un camino sin salida, reposamos nuestra mente en el significado del mensaje de Gandhi, una nueva esperanza alienta la fe perdida o simplemente extraviada en la maraña impenetrable que origina el egoísmo y la desaprensión.

El legado de Gandhi penetra en su sublimidad, como una brisa vivificante que a poco de instalarse se transforma en energía poderosa que regenera los valores atrofiados por la codicia. Nada hay más fuerte que la integridad; nada hay más débil que la ambición. La integridad gana al hombre; la ambición lo pierde. Verdad de Perogrullo, pero que al recordarla reconforta el espíritu y reintegra la fe.

¿Quién, en un momento de aflicción, al leer a Gandhi no experimentó la vergüenza de sentirse egoísta? ¿Quién, al comprender su pensamiento, no descubrió que en realidad se encontraba en condiciones de brindar a otros, mucho más de lo que él creía? Nadie es tan joven, ni tan an-

ciano, que carezca de la capacidad de dar. Nadie es tan ignorante, tan pobre ni tan frágil, que no tenga qué dar. Quizá sea sólo un problema de buena voluntad, que naturalmente debe brotar del alma. Una mano que no se extiende, es un ladrillo que no se coloca, una obra que no crece; un principio, una obligación moral, un mandamiento del corazón que no se cumple.

No podemos cambiar al mundo solamente con la intención. Pero si logramos aceptar la buena voluntad en nuestras actividades, como una actitud normal hacia nuestros hermanos; si aceptamos con buena disposición de espíritu nuestra propia responsabilidad hacia los problemas del mundo, la nación y la comunidad; si logramos participar, superando la distancia entre nuestros buenos propósitos y nuestras reales acciones, entonces, habremos comenzado a cambiarlo, a la par de desterrar las diferencias, el odio, la venganza, la avidez, ennobleciendo el trabajo y la fe perseverante y enalteciendo los valores permanentes de la humanidad, en su capacidad desbordante para crear amistad.

Gandhi representa la fuerza de la verdad, que él acuñó *satyãgraha*, como una concepción de la vida, como una filosofía que lleva a resistir las injusticias, aceptando en cambio con valor el castigo que impone la ley que las respalda. Esta actitud, en su aparente pusilanimidad, constituye una valerosa descalificación moral de la vigencia de tal legislación.

Esas son las fuerzas que opuso al

colonialismo para dar libertad a la India, a la par que buscaba sustraer a su propio pueblo de las prácticas desgastadas del sistema tradicional de castas. No sólo lo consideraba un elemento generador de divisiones, sino una segmentación indigna del espíritu humano. Su vida entera constituyó una batalla contra semejantes fuerzas externas e internas de destrucción y desaliento. Pero su lucha por purificarse y mantenerse en el camino estrecho y correcto, no fue menos valiente. El Mahatma Gandhi nunca se perdonó ni los menores errores y se castigaba aun con mayor rigor, si sus faltas eran morales. No sólo apuntaba a la purificación de los sentidos, sino a la del mismo pensamiento. Veía un vínculo esencial entre el orden moral del universo y la hechura moral de los seres individuales.

Gandhi siempre sintió rechazo hacia los privilegios de casta, a pesar de que cuando regresó de Londres con su habilitación de abogado se vio obligado a cumplir las reglas que le permitieran reincorporarse a la de origen. No podía aceptar, en particular, la injusticia del extremo sometimiento al que se sentían obligados los "intocables". Su madre, devota religiosa, recordó que cuando niño, aun ante las reprimendas que se le aplicaban, Gandhi no perdía ocasión de "tocar" a un barrendero llamado Ika, a pesar o porque era un paria. Así era Gandhi, quien sentía su identificación con el pueblo en lo profundo de su corazón. Y no sólo con el pueblo de la India: a todas las comunidades distinguía en ésta consideración.

A medida que el proceso de su vida avanzaba, fue convirtiéndose en actor e investigador de los fenómenos sociales y políticos que interfieren la racionalidad de la evolución, exponiendo la relación de causa y efecto. De este modo quedó hasta el presente incorporado como formador de ideas, aunque más correcto sería interpretarlo como forjador de conductas.

Gandhi amaba a la humanidad, sin dejar por ello de tener una profunda identificación con su patria. Al respecto cabe hacer una sintética meditación en el marco de su pensamiento.

Uno de los peligros latentes que enfrenta la persona desprevenida, lo constituye la habilidad en sofisticar la verdad, lo que representa una muy antigua tradición en quienes encuentran réditos en tergiversar los hechos. Cuando el hombre arribó a esta geografía terrena, no sabía hablar. Se comunicaba por los gestos de su rostro, acompañado por la articulación de sus manos. Sin embargo, la honestidad de su mensaje no contenía secretos ni intenciones aviesas y todo lo que decía de este modo era comprendido con igual autenticidad. La misma candorosa expresividad que se manifiesta en las facciones puras de un niño, quien al cometer una travesura y ser indagado por su madre, brinda su respuesta con prontitud en el subido rosado de su semblante tierno. Cuando el hombre aprendió a usar de la palabra, descubrió que podía hacer creer a los demás lo que él quería que entendieran, que no era precisamente el producto de su sinceridad. Lo que nos

lleva a interpretar que no hay hombre más íntegro que aquel que conserva las virtudes del amanecer a la vida, aun a riesgo de ser tomado como ingenuidad, lo que en buen sentido constituye la ingeniosidad de enriquecer la relación humana.

Por cierto, según surge de las propias afirmaciones de Gandhi, abundan no sólo los que aprendieron a hablar, sino también, como en el caso narrado, a abusar de la credibilidad humana. Se sienten suficientemente adultos y poderosos como para detenerse a entender el significado que contiene la actitud desprejuiciada de un ser honrado. Esto demuestra que no son poseedores de una dimensión humanista llamativa que les permita reconocer sus errores con hidalguía y perdonar con humildad.

El pensamiento de Gandhi aflora permanentemente ante los hechos incomprensibles que vive, en esta década, un mundo estupefacto ante la magnitud de la irracionalidad del hombre en su manifestación de odio e incomprensión.

Estudiosos del comportamiento de las personas, que pesquisaron en los vestigios legendarios de las tribus más tenebrosas de los tiempos del individuo primitivo, no pueden encontrar comparación con las expresiones de perversión y sadismo mostradas en la etapa de redimensionamiento institucional de Estados contemporáneos integrados por un mosaico racial, religioso y cultural. El pudor impide dar referencias expresas sobre extremos de incontables casos de hechos lacerantes, que hieren la sensibilidad del carácter más

duro. Es como si estos "lauros" alimentaran las teorías racistas impregnando la retórica del fanatismo. Pareciera que el mensaje de Gandhi, propalado aun en las regiones más apartadas del planeta por los medios de la actual tecnología de avanzada, no ha sido suficientemente virtuoso como para sedar la ambición, el odio y la venganza indiscriminada. La historia del ser humano demuestra que todo acto de violación de derechos, tarde o temprano comienza a consumir a los propios hijos de quienes lo cometen, resultando muy difícil a sus responsables volver a la botella el genio del mal que liberaran. Celebrar la agresividad como instrumento de sometimiento, evoca la celebración de la contra-agresividad. Incluso ciudadanos aparentemente equilibrados han sido inducidos a unírseles, ya sea para tolerar o aplaudir la violencia "justa", cuando surge de ellos, al tiempo que condenan la violencia "injusta", cuando llega a ellos. Los límites de esta opción, constituyen la medida de la impostura.

Gandhi no fue un político en las características que tradicionalmente se define esta actitud; fue un héroe de religiosidad acendrada. Pero para él, la religión no se identifica en un credo determinado, sino en la búsqueda de la perfección interior. Decía que "la religión debería impregnar todos nuestros actos, lo que por cierto no se identifica con ninguna secta. Es esencialmente la fe en un orden moral que gobierna el universo. Trasciende al hinduismo, al islamismo y al cristianismo, no los

sustituye; los armoniza y le da contenido de verdad" (10/2/1940).

La doctrina y la acción de Gandhi se insertan en aquel movimiento de renovación y renacimiento del hinduismo, que se inició con el "Brahmo Samaj", desarrollado en la India durante la época victoriana. Su participación en política, estuvo dictada por un impulso ético-religioso, por sobre todo interés de partido. No se puede alcanzar y realizar la verdad, sin sumergirse e identificarse en el océano infinito de la vida, diciendo "No puedo eximirme de servir a la sociedad, ni podría hallar la felicidad en otra cosa... Por ello, mi devoción por la verdad, me ha llevado accidentalmente al campo político" (*Autobiografía*, Vol. II, pp. 595 y ss.). Pero advierte, "Quiero disipar todo equívoco y dejar bien aclarado que en mí, el hombre político nunca ha influido en ninguna de mis decisiones" (*Joven India*, 12/5/20).

Como Mazzini, quien junto a Tolstoi, Emerson, Thoreau y sobre todo "El sermón de la montaña", Gandhi bregó toda su vida por introducir en las estructuras activas de su país, aquel fundamento ético-religioso que llevó a la acción política. En un mundo dominado por la violencia, la razón de Estado, el fanatismo ideológico, la intolerancia confesional y el racismo, enseñó que el deber de la sinceridad, la lealtad, el amor y el respeto por el hombre, son valores que superan a toda prioridad. De este modo, la figura de Gandhi quedó incorporada al presente como un extraordinario formador de ideales, aunque pienso que más correcto

sería reconocerlo como un profundo forjador de conductas.

Dice el *Bhagavad Gita* que "cada vez que la columna moral del Universo (Dharma) retrocede, a la par que su opuesto (Adharma) avanza, yo me creo a mí mismo. Para rescatar lo bueno, vencer lo malo y restaurar las bases morales del Universo, asumo de tiempo en tiempo la forma humana". Estas esporádicas encarnaciones, llamadas Yuga Purusha, cumplen la misión de formular las bases morales en que se sustentará una nueva era, que se identifica con el nombre de Yuga Dharma. El pueblo de la India considera precisamente a Gandhi el Yuga Purusha que estableció el Yuga Dharma por el que estaba clamando, de lo que surge el hondo significado que contiene su valioso aporte en el fortalecimiento de la conciencia nacional.

La imponente espiritual de Gandhi le valió ser considerado como Mahatma (Asceta, Jefe Espiritual), por parte de un pueblo que descubría, arrobado, la presencia en su seno de un alma elevada, que comenzaba a restaurar los ideales de lo bueno, venciendo el desvío de lo malo. Como era normal en su proverbial humildad, Gandhi se sintió incómodo y nunca recibió con agrado que se lo usase al mencionarlo. Al respecto decía: "A menudo el título me ha apenado profundamente y no recuerdo que en algún momento me haya halagado. La verdad me es mucho más querida que la cualidad de Mahatma, que no es más que una carga. Es el conocimiento de mis limitaciones y mi insignificancia, que

me han salvado hasta el presente de la opresión de la calidad del título".

No es extraño, por lo tanto, que los intelectuales, los pensadores occidentales, se hayan sentido tan profundamente atraídos por sus enseñanzas, transformándose muchos de ellos en divulgadores activos de sus reflexiones. A tal medida llega a reflejarse el grado de ecumenismo, que John Middleton Murray, respetado hombre de letras inglés, lo proclama como "el más grande de los maestros cristianos del mundo moderno".

Los estudiosos de Gandhi, en particular Ashis Nandy, concuerdan en que su pensamiento no fue una teoría o ideología delineadora de una sociedad no occidental o no moderna; fue una visión que despertó imágenes de otra clase de sociedades, símbolos latentes en las mentes de los hombres, que viven o conviven con la modernidad. Su mensaje llega así a la comunidad universal, que siempre encontrará en sus enseñanzas un cálido, a la par que vigoroso, aliento hacia la comprensión, partiendo de la identificación del hombre con el hombre, del hombre con la comunidad.

Si difícil es comprender la guerra, mayor es la entereza que requiere el hombre para sustentar la paz y la honorabilidad, cuando su mantenimiento se manifiesta no sólo en la pérdida de los dividendos políticos de los dirigentes, sino en la impopularidad a que lo condena la demagogia de los intereses partidarios. Difícil es, cuando su precio transita entre el reconocimiento de pequeñas faltas y el sacrificio espontáneo de gran-

des y prometedores proyectos de potencialidad. Difícil se hace, cuando por la paz debemos despojarnos del amor propio, la soberbia, la hipocresía, la arrogancia, la codicia, la ira, la envidia, la lujuria y aun la pereza, para remplazarlos por la verdad y la justicia.

El valor de esta escuela de formación no se agota en la elaboración de enunciados, como sucede en tantos modelos que a lo largo de los tiempos y particularmente en nuestra época, han surgido como concepciones deslumbrantes, pero que sin embargo, en el fondo sólo quedan en el espejismo de un molde ilusorio. Las enseñanzas de Ghandi no contienen recetas mágicas que postulen sueños de gloria y eternidad; es la sabiduría que indica el camino razonable para una vida razonable en una comunidad razonable. Cuando los hombres razonan, no pueden menos que sentirse hondamente identificados con las normas que esculpen la personalidad humana, en todos los terrenos y en todos los tiempos.

Hoy más que nunca, cuando el hombre se encuentra poseído por la potencia que le otorga la amplitud de sus descubrimientos, toma trascendencia el equilibrio de la racionalidad. La trágica verdad es que viviendo en esta era de maravillas científicas y tecnológicas, el hombre, en el curso de su búsqueda en los estudios de la naturaleza material, se ha perdido o se ha destruido a sí mismo. Mientras que incesantemente devela los misterios, sus investigaciones invaden los reductos de la fe, logrando que el sentido moral y su

esencia espiritual sean sacudidos hasta los cimientos. Los hombres se han infatuado e hipnotizado por las maravillas naturales a tal extremo que han perdido el interés en todo cuanto no sea material, con el resultado de que la fuerza moral de la mente y las alturas metafísicas de su espiritualidad, se han retardado y desdibujado ante su propia realidad.

Ghandi nos enseña que cuando los hombres están obsesionados por el deseo de las cosas materiales y cuando están dedicados a satisfacerlo por todos los medios, nobles e innobles, caen inconscientemente en la trampa del materialismo y se esclavizan; pierden así su libertad y sus mentes ya no trascienden lo material para elevarse al dominio de los más altos ideales y aspiraciones espirituales. Su vida de virtuosidad interna se seca y su vida de proyección externa se irrationaliza. La civilización material que el hombre ha construido para su propia felicidad, se convierte así en su maldición. Torna su vida vacía y monótona, oprimida siempre por el creciente deseo de bienes materiales, llena de temores en su indetenible esfuerzo por lograr mayores ganancias y hueca de cualquier bendición espiritual o consuelo moral.

Más que esto, la presencia constante de novedades y cambios en el curso del progreso de las ciencias naturales da la equivocada interpretación de que la humanidad debe también estar embuida de la misma cualidad de cambio, siempre descartando lo viejo para hacer lugar a lo nuevo. Así, lo que nuestros grandes maestros del pasado nos legaron en

sus enseñanzas sobre filosofía y ética desaparecerían y con ello sus principios, doctrinas y enunciados de integridad humana deberían ser barridos a fin de abrir el campo para lo nuevo, en nombre de la confusa expresión de "retorno a la naturaleza". En realidad, sería un retorno de la civilización al salvajismo, con la triste consecuencia de la desaparición de la virtud personal y confianza en sí mismo, la declinación de los niveles de moralidad, el desborde de los deseos mundanos y la incapacidad de la generación joven para hallar su valor en la vida y esperanza en el hombre.

Podríamos decir, que toda esta realidad que es el hombre en su deslumbrante avance tecnológico, en sus extraordinarios descubrimientos científicos, en la magnífica creación de su arte, es también realidad en la tremenda indiferencia, padecimientos y vicisitudes a que lo somete el propio hombre en su sed insaciable de poder.

Para Ghandi, el mayor peligro que afronta la humanidad contemporánea, es obviamente causado por el desajuste de enfatizar excesivamente el materialismo por sobre la espiritualidad, de forma tal que los hombres pierden sus características humanas, al someterse a los bienes materiales por ellos mismos creados.

Debemos recordar que entre todas las criaturas sobre la Tierra, solamente el hombre fue dotado con el poder de la razón, de la idea, con el poder de la comunicación. Estas facultades le han dado al hombre sólo los derechos y la libertad, en la dig-

nidad de la vida humana. Al dotársele así, se confió al hombre la categoría de celador de su forma de vida. Como su propio responsable, el hombre puede controlar su destino, pero sólo a través de la mente humana individual, no por medio de las fuerzas irrestrictas del pensamiento en multitud, es decir, sin permitir su subordinación a las pasiones, arrebatos ni paroxismos.

Tal como su depositario, el hombre debe reconocer los derechos y deberes del individuo en la elección entre el bien y el mal. Como su vigilante insobornado, el hombre debe ejercer sus responsabilidades personales, en su dominio de la fe y la moral. Como conductor de sus actos, la pregunta básica a formular por el hombre no se debe limitar a si una determinada proposición es social o económicamente prometedora o satisfactoria, sino también si es realmente correcta o viciada de alguna falsedad. Los derechos humanos le fueron confiados al hombre por su hacedor y al disfrutarlas, estas bendiciones deben ser continuamente redituadas o merecidas.

Con la exaltación del hombre sobre la amplitud de la creación, el carácter es el foco definitivo en la dirección y guía de su honorabilidad y destino. La especie humana puede retener su carácter, su nobleza y su rectitud sólo por medio de los esfuerzos de cada uno de sus miembros, en nuestro conocimiento individual y en nuestra asunción individual de las responsabilidades en la vida. Esto sugiere el idealismo en el objetivo de servicio, que abarca y envuelve la

incumbencia personal y el sentido moral propio, en resumen, la filosofía de la vida que define y sostiene la dignidad del hombre y la integridad del ser humano, todo lo que nos marca el camino hacia la comprensión.

Aunque es un error creer que las desgracias ajenas son producidas por circunstancias que nosotros estamos distantes de padecer, podríamos sin embargo preguntarnos si no estamos siendo testigos de advertencias de decadencia moral; si nuestra sociedad no se está convirtiendo en una expresión de tipo cuantitativo, más que de una expresión cualitativa; con inclinación marcada a lo grande, más que con reverencia hacia la grandeza; con fe en la eficacia de los números, más que en el poder de los valores; indiferente hacia la inconducta, con apatía hacia la inmoralidad; con desaire y aun con desprecio hacia la ley y la autoridad, hacia los derechos de los demás, inclusive hacia la vida humana misma.

Una comunidad organizada que no se nutre en la experiencia de sus propios éxitos o fracasos, no contiene el temple que permite la superación y el crecimiento de su empresa, tal cual es la de progresar a la luz de los principios humanistas que hacen al hombre a la medida del hombre. Cuando una juventud se siente confundida en los laberintos del materialismo exótico, debe derramar su mirada sobre la historia de su país y los valores que lo constituyeron como tal, sobre las desventuras de la familia como centro de repercusión de sus audacias conceptivas, siendo entonces sin duda otra la verdad que ilumina su

conciencia y, de tal modo, todo el ímpetu, la fuerza, la riqueza de alma de esa hermosa etapa generativa de futuro, aportará sí su esfuerzo al cambio que ha buscado aun ansiosamente a través de todos los tiempos, pero una transformación en paz, justicia y razón.

Podríamos meditar en que los valores humanos no son inherentes al nacer. Ellos nos llegan en nuestra educación para la vida misma, como responsabilidades intangibles del individuo. El comportamiento y la conducta humana son moldeados, no por lo que se dice, sino por lo que se hace. Podríamos cavilar sobre los ejemplos aceptados y acatados por nosotros y nuestra sociedad, que sin embargo invaden la integridad, el carácter, los valores y los derechos humanos. Podríamos hasta especular sobre la relación de tales ejemplos dados por los adultos, al problema que los adultos enfrentan como delincuencia juvenil, la pornografía y la drogadicción. Y podríamos reflexionar, en que ninguno de nosotros conoce a qué grado ha sido nuestra vida influida por los ejemplos de otros; y ninguno de nosotros conoce la extensión o grado, a que la vida de otros es influida por nuestros ejemplos.

Además de la decadencia o corrupción que ha destruido la mayoría de las civilizaciones en la historia, el hombre encara hoy nuevas y extremadamente graves condiciones creadas por él mismo. Si el hombre, como depositario de su forma de vida no controla lo que él crea, es probable que someta toda la vida al peligro de la destrucción.

Al individuo le toca finalmente aceptar las responsabilidades exigidas de él por la existencia humana, responsabilidades que van en proporción con la habilidad del individuo y su posición en la sociedad; responsabilidades a las que no puede escapar volviéndose a otros para que hagan lo que necesita hacerse. Es al individuo a quien le toca asumir la mayor obligación que de acuerdo con la docencia de concepto le corresponde al hombre: la de elaborar su propia responsabilidad, generando una respetuosa emulación.

Ante el cúmulo de ejemplos que permanentemente nos ofrecen las enseñanzas del Maestro, no tenemos manera de equivocarnos ante una opción racional. Las lecciones reposadas, que para todas las instancias contienen las reflexiones de Gandhi, indican con toda serenidad el camino por el que se debe transitar. Las actividades violentas no son congruentes con los pensamientos sabios, siendo siempre al arrepentimiento del agresivo, muy difícil de canalizar en la credibilidad, salvo ejemplos valerosos como el de Asoka. De todos modos, la grandeza puede operar milagros y ante el hidalgo reconocimiento de los errores por parte del ofensor, encontrarse con el perdón generoso del agraviado. Esa sola actitud, sin publicidad ni trascendencia especulativa, habrá dado satisfacción a las perseverantes enseñanzas de un magnífico exponente del género humano, como lo fue Mohandas Karamchand Gandhi.

Si los premios Nobel de la Paz ca-

recieran de todo sesgo político, nadie a lo largo de este siglo, salvo honrosa excepción, sería más justo destinatario del reconocimiento. Pero, la realidad es otra y más vale que así sea. Primero, porque tal distinción hubiera molestado sensiblemente la auténtica humildad de Gandhi al exhibírselo en los salones suntuosos de los palacios europeos, y segundo, porque de este modo, el monumental ejemplo de su vida es más nuestro, más del hombre común destinatario de sus desvelos. A Gandhi se lo lleva en el corazón, como parte inseparable de la conciencia.

Desde este modesto punto de vista gozamos, sin duda, al recordar la segunda más vívida de las escuelas para la posteridad, que generosamente la India continúa ofreciendo al mundo como alternativa válida para recuperar los valores irrenunciables de nuestro género.

Tanto Asoka como Gandhi, cada uno en su tiempo y en sus propias experiencias, han forjado una filosofía de vida personal, transmitida generosamente a toda la humanidad. Por cierto, no responden a modelos gemelos; más aun, con marcadas diferencias, pero que en el sello que los identifica, estampán la grandeza de su noble legado.

Esta es la correspondencia que por siempre la integridad se encarga de difundir en los corazones humanos, como una alabanza al amor, a la comprensión, a la solidaridad, que rebasan en amplitud y profundidad de su contenido, a las glorias efímeras que ofrecen el empleo de la fuerza y el uso inmoderado del poder.